

Reseñas y Documentos

Robinson Crusoe en la Isla Desierta o El Perfil del Lector Universitario en Biblioteca*

Hemos querido iniciar nuestra valoración de la lectura en la biblioteca a través de una reflexión propiciada por dos escritores: Alfonso Reyes, quien sugirió al método¹ y Daniel Defoe, quien aportó el material, su novela² *Robinson Crusoe*.

Reyes nos pide convertir un refrán *pesimista* en un refrán *optimista*; el refrán reza así:

"Nadie sabe lo que tiene, hasta que lo ve perdido"

obedecemos a Don Alfonso y anotamos ahora:

"Nadie tiene el bien hasta que lo ve salvado"

Pasamos a explicarlo conforme a nuestro material de lectura: Robinson Crusoe naufraga y va a parar a una isla desierta. Logra salvar algunos objetos; entonces es cuando aprende a preciar el valor de cada uno de los objetos que salva; por ejemplo, un hacha. En la época en que Robinson vivía en medio habitual y confortable, si no fuera leñador, ¿qué caso tendría poseer un hacha? Pero ahora, en medio de la naturaleza salvaje, alcanza a comprender todo lo que significa este tesoro: un hacha; vieja compañera del hombre desde los comienzos de las más remotas civilizaciones, arma de defensa a la vez que útil en la industria, gracias a ella pronto empezará a tumbar ár-

* Este documento es un producto del Seminario de Investigaciones Bibliográficas integrado por los alumnos del CCH, Plantel Vallejo, Turno 03: José Manuel Altamirano González, María Antonia Buzo Ortiz, Fabiola Cancino de los Santos, Héctor y Mario Cárdenas Gutiérrez, Rosa Caro Parra, Ma. de la Luz Espinosa Fuentes, Ma. Estela Flores Lamas, Carmen Verónica Gómez Núñez, Jorge Gómora Domínguez, Toshiro León Madrigal, Marcela y Jaime Mexicano González, Luis Antonio Pantoja Rosas, Teresa Pérez Morales, Beatriz Ramírez Rubio y Rosa María Zamorano Morales y coordinado por el Profesor René Nájera Corvera del Area de Talleres.

1 Reyes, Alfonso: "Meditación para una biblioteca popular", en *Obras Completas*, tomo VIII, 1981. México, Editorial Fondo de Cultura Económica; pág. 274-279.

2 Defoe, Daniel: *Aventuras de Robinson Crusoe*. Prólogo de Salvador Reyes Nevaes, 1971, México, Editorial Porrúa, ("Sepan Cuantos..." #140)

Inicialmente se olvidó que la biblioteca universitaria es el centro vital y obligado que proporciona acceso al conocimiento requerido por los miembros de la comunidad universitaria para proseguir con éxito los programas académicos.

boles y gracias a ella podrá construir un refugio más seguro. Alfonso Reyes nos aconseja, como provechoso ejercicio espiritual, plantarnos de cuando en cuando frente a todas las cosas como Robinson ante el hacha, suponer que somos naufragos y preguntarnos sobre todo lo que significa para nuestra vida, como una isla desierta, cada uno de los objetos a que estamos acostumbrados. Este será un buen criterio para apreciar los verdaderos valores que nos rodean.

Vamos a imaginar, por ejemplo, que nos encontramos en la isla desierta y que tenemos un *centenario* en el bolsillo. De nada nos sirve el oro, el dinero. Es un valor de orden secundario, no es un valor inmediato. No tenemos con quién cambiarlo por las cosas que nos hacen falta en ese momento; por ejemplo, nuestro sustento y seguridad. Si mostramos el *centenario* a los árboles, los árboles no por eso dejan caer en nuestra mano sus frutos. Si lo mostramos a las flores y a los pájaros, como ni unos ni otros hilan, nunca nos darán las telas que necesitamos para nuestro abrigo. Si mostramos nuestra moneda de oro a las fieras que nos acechan, bueno . . . pues ya sabemos lo que sucede.

Imaginemos ahora que, entre los restos del naufragio, encontramos un libro. No podemos alimentarnos, mejor dicho, nutrirnos con él, ni

vestirnos ni defendernos con él. Pero si recorremos sus páginas, encontramos en él ideas y sentimientos, testimonios sobre la herencia acumulada por el alma de los hombres. Esto, desde luego, comienza a servirnos de compañía y de consuelo; nos reincorpora otra vez a la familia de seres y cosas a las que pertenecemos, nos estimula, nos levanta el ánimo, nos da fuerza para luchar por nuestra subsistencia. Ya no estamos solos, nos hemos acordado que somos hombres, y que sólo el hombre es el ser que sabe combatir antes que entregarse. Además, es posible que el libro contenga enseñanzas y consejos, resultado de la experiencia humana, que nos recuerde cómo se buscan materias primas que necesitamos para vivir, cómo se fabrican los instrumentos necesarios o indispensables para dominar la naturaleza.

Se trata ahora de imaginar nuevamente: imaginemos que nos encontramos no con un libro, sino con . . . ¡una colección de libros! ¡con una verdadera biblioteca! Estamos salvados. Tenemos en ella valiosos instrumentos con los que combatir a lo largo de nuestra vida. Seamos pues, como universitarios, unos Robinson Crusoe y dejemos la desesperanza a un lado. Tenemos en los libros acumulados en la biblioteca muchas armas, como el hacha, para combatir, para construir. ¡Adelante!

En 1971 eran escasos los títulos con que contaba cada biblioteca de los planteles del CCH; el espacio destinado a éstas servía frecuentemente de escenario para todo tipo de actividades, por ser un lugar casi único, donde se podían realizar incluso asambleas. Ante el reducido número de libros, el profesorado generosamente utilizó sus propios libros y se apoyó en el servicio de algunas bibliotecas públicas medianamente dotadas

Ahora existe en cada plantel una biblioteca con edificio apropiado y con un acervo cada vez más amplio que proporciona a la comunidad los elementos necesarios para realizar su labor. Es hora de sentar las bases para su uso racional.

para cumplir sus objetivos docentes. Se olvidó que la biblioteca universitaria es el centro vital y obligado para proporcionar acceso al conocimiento requerido por los miembros de la comunidad universitaria para cumplir con éxito los programas académicos. A lo largo de los últimos años debemos reconocer que la situación ha cambiado diametralmente: existe en cada plantel una biblioteca con edificio apropiado y con un acervo cada vez más amplio que proporciona a la comunidad los elementos necesarios para realizar su labor. Es hora ya de sentar las bases para su uso racional.

Pretendemos analizar en este trabajo los problemas más comunes en torno al uso y disfrute de la biblioteca del Colegio, apoyados en las directrices emanadas de una serie de concepciones modernas y actuales de lo que es o mejor dicho *debe ser* la biblioteca de nivel universitario. Partimos de dos interrogantes medulares:

¿Cuál es la conducta real de un lector universitario en la biblioteca?

y posteriormente:

¿Cuál debe ser la conducta ideal de un lector universitario en biblioteca?

Nuestra preocupación ha sido generar en nuestras apreciaciones un documento reflexivo en lo general y no categórico en lo particular. Pensamos que su lectura puede servir para reorientar nuestra labor de lectores en la biblioteca y mejorar-optimizar-nuestro esfuerzo escolar diario.

Perfil Real del Lector Universitario en la Biblioteca

¿Quién es el usuario de las bibliotecas de los planteles?

Esta pregunta parece obvia, si pensamos que quienes asisten a la biblioteca de una institución universitaria son quienes estudian en ella, y por lo tanto cumplen funciones de investigación escolar que se derivan de sus clases; sin embargo, este rasgo enunciativo es sólo elemental, si observamos a partir de nuestra propia experiencia que la conducta asumida como lectores en la biblioteca es bastante compleja. Para tener una aproximación al tipo de lector en biblioteca, conviene anotar una definición amplia. Empleamos aquí la ofrecida por Gastón Litton:

“Lector es la persona que usa o consulta volúmenes de una biblioteca; empleando en plural, el término engloba el conjunto de personas que concurren a una biblioteca”.³

En función de ésta, Litton establece una clasificación que, si no es acertada en cuanto a nues-

3. Litton, Gastón: *Los lectores en sus libros* 1971, Editorial Bowker, Editores Argentina, S.A., Buenos Aires, (Colección Breviarios del Bibliotecario).

tra propia situación escolar, sí nos ofrece la posibilidad para determinar, en función de nuestra "costumbre" lectoril, nuestro perfil de lector en la realidad:

1. *Lector in situ* Son los que utilizan los recursos de la institución en el propio edificio.
2. *Lector externo* Es el lector que se lleva a su casa las obras en préstamo, obras que lee en horas convenientes para él.
3. *Lector extraordinario* Es el estudioso que sólo ocasionalmente utiliza los servicios de la biblioteca, la mayoría de las veces, en casos de emergencia.
4. *Lector investigador* Es el que utiliza la biblioteca por un tiempo más o menos largo en el curso de un estudio exhaustivo de los libros sobre un determinado asunto.
5. *Lector que aprovecha servicios especiales* Es el que utiliza regularmente una colección o servicios especiales de la biblioteca, tal como las colecciones de una determinada materia, recurre a personal bibliotecario para su asesoramiento, requiere de los convenios interbibliotecarios, maneja índices y bibliografías especializadas, etc.

El lector universitario, en su mayoría, acude a la biblioteca por orden del maestro y ya en ella carece de la orientación necesaria para desarrollar su labor de investigación.

¿En qué clasificación quedarían los alumnos del CCH? Resultaría ocioso afirmar que un alumno del CCH sólo pertenece a un tipo de esta clasificación. Estamos conscientes de que el alumno cecehachero *debe* cumplir en diversas circunstancias con todas y cada una de éstas clasificaciones. El enorme problema es que muchos de nosotros con escaso margen estamos sólo ocupando una o dos de éstas. Precisamos esta realidad así: el lector cecehachero es aquel que utiliza no sólo las bibliotecas universitarias, sino también algunas que tengan por lo menos el mismo nivel de investigación que él pretende encontrar; claro que, por comodidad, casi siempre utiliza sólo la biblioteca de su plantel, no importándole la calidad o riqueza de su investigación. Un gran sector del alumnado —nos referimos a quienes trabajan y estudian simultáneamente— se ve obligado, por falta de tiempo, a no ir en busca de mejores centros bibliotecarios; sin embargo, tampoco emplean, por desconocimiento, el servicio de préstamo interbibliotecario a que tienen derecho.

Por desgracia, casi la mayoría de los alumnos, por no decir todos, acuden a la biblioteca por orden del maestro: cuando el profesor cumple con su asistencia, el alumno tiende a olvidar por completo la existencia de la biblioteca: acaso ocurra un fenómeno ya común: un solo alumno recurre a la biblioteca y su investigación, buena

o mala, completa o incompleta se extiende, mal en el mayor de los casos, al resto del grupo; el resultado es desastroso: copia de copias que redundan en todo caso en la eliminación de partes fundamentales y en transcribir información sumamente parcial y superficial. Finalmente, el alumno en forma individual recuerda el valor de la biblioteca en el último momento, es decir al final del semestre, ante la proximidad de un examen, se da cuenta que no domina la información que manejó el maestro en clase. Todo esto ocasiona que no sistematice su trabajo intelectual, que pierda interés por el mismo y finalmente que se declare impotente ante el examen.

Por diversas causas, al estudiante no le gusta leer y se le hace sumamente aburrido y monótono asistir a una biblioteca, ya sea por falta de conocimiento o porque no le han inculcado el gusto por la lectura, pero la necesidad sí la siente. Enumerar los factores que propician esta situación, sería motivo de una investigación amplia; basta considerar por ahora que éste es un hecho innegable y que se debe combatir constantemente dentro y fuera del aula.

Un alumno "alérgico" a la lectura no tiene suficiente cuidado con el material a utilizar en la biblioteca —los libros—; la mayoría de éstos son mutilados y ensuciados, por considerar su uso como transitorio, casi desechable, como muestra patente del servicio que nos ofrecen, como fuente del saber inmediato.

El lector universitario carece frecuentemente de orientación del maestro para acudir a hacer una investigación a la biblioteca y el personal de la misma se muestra reacio a ofrecerla, cuando el alumno no sabe explicar qué tipo de trabajo desea realizar, ni cómo reconocer en la lectura es-

Conocer el funcionamiento y emplear adecuadamente los servicios de una biblioteca significa responder con mejores armas a las exigencias que nos depara la responsabilidad de ser estudiantes universitarios.

pecífica de algunos textos los rumbos determinantes para el éxito de su trabajo. Al alumno le falta experiencia para descubrir que existen volúmenes que han sido escritos para ser leídos totalmente, como las novelas, y que existen otros sólo para ser consultados, como las enciclopedias, diccionarios, bibliografías e índices, que responden con rapidez y oportunidad a asuntos concretos. Existe también el caso contrario: cuando el alumno descubre la prontitud y la eficacia de la enciclopedia y el diccionario, su investigación sólo se reduce a estos dos tipos de volúmenes y con ello empobrece el contenido de su estudio. Esto es un hecho cotidiano. Remitir a definiciones enciclopédicas un tema originalmente propuesto en clase que debía ser motivo de una divagación analítica, empobrece el trabajo, además de restar fuerza al método de aprendizaje que caracteriza al CCH.

El lector universitario, en realidad, poco aprovecha el apoyo que le ofrece la biblioteca; generalmente se limita al esfuerzo de su memoria, ya que sólo investiga cuando tiene algún trabajo y siempre y cuando en él se juegue su calificación. Al hacer esto, obtiene una información insuficiente y raquítica.

Se podría precisar la situación de esta manera: el alumno aprende a usar la biblioteca a partir de sus propios fracasos. El mismo método de

trabajo que tiene el CCH lo compromete a evaluaciones concretas como presentación de monografías, comentarios de textos, elaboración de ensayos y análisis de problemas específicos que son vacuna que evita el uso indolente de la biblioteca.

Sin embargo, algunos creen burlar el uso y la vigilancia de la biblioteca, al maltratar o llevarse los libros y no devolverlos, metiendo comida al lugar, grabadoras, echando relajo, pero lo que no saben es que, cuando traten de recibirse, esto los

afectará, porque se pide, como requisito básico para obtener su título, una carta liberatoria de la biblioteca y en esa carta se especifica que se debe libros y que hay que reponerlos.

Entramos a la biblioteca para *echar novio*, a veces para “divertirnos”, sin importarnos si molestamos o distraemos a los demás, pero cuando nosotros queremos estudiar, eso sí, deseamos que no haya ruido ni distractores. ¿Empezamos a corregir este perfil?